

**Domingo XXX del TO**  
**Ciclo B**



27 de octubre de 2024

Jr 31, 7-9

Sal 125

Heb 5, 1-6

Mc 10, 46-52

*P. Eduardo Suanzes, msps*

El ciego se llama Bartimeo, es decir «hijo de Timeo». Timeo significa el Apreciado. Hijo de Timeo significaría ser hijo-discípulo de alguien Apreciado. Tal discípulo está «*al borde del camino*», el lugar donde, en la parábola del sembrador, cae el mensaje y no da fruto.

Como en el relato de la mujer con flujos, el ciego «*se entera*» de Jesús. Es decir, escucha su palabra, se siente movilizado de alguna manera por ella, y «*grita*» desde su situación de postración e incompreensión.

Llama a Jesús «*Hijo de David, ten compasión de mí*». Es la única ocasión en el evangelio de Marcos que alguien le llama así. Bartimeo está apelando al Jesús sanador, donador de amor y vida, no al líder triunfador sino al Jesús preocupado por la persona concreta tirada o postrada, al Jesús que se vincula a los marginados, impuros y pecadores, les atiende y les muestra el rostro amoroso de Dios para con ellos. Está apelando al Jesús que Marcos muestra en todo su evangelio.

La osadía del ciego es grande, pues Jesús va rodeado de una masa que le acompaña a Jerusalén, la ciudad de Dios. No es aventurado conjeturar que esa masa, una vez más, es una masa triunfalista que va camino del triunfo de Jesús como líder: y ellos quieren participar de ese triunfo en la gran ciudad. Pretender que Jesús se pare para atender a un desgraciado es «retrasar» la marcha triunfal. Por ello increpan al ciego para que se calle. Como en Jairo, aquel jefe de la sinagoga, que se acerca a Jesús para que sane a su hija, la masa innominada también entonces carecía de fe y de fe en el verdadero Jesús, y le dice a Jairo: «*no molestes más al maestro, tu hija ha muerto*», ¿se acuerdan?

Pero el ciego insiste y vuelve a gritar mucho más fuerte. Se ha producido un proceso en ese personaje. Al principio estaba solo sentado al borde del camino, pero ha recibido en él el mensaje (ha «escuchado» la buena noticia) y quiere salir de ese borde, quiere ser tierra fértil, quiere seguir realmente a Jesús. Es el discípulo que rechaza las tesis, la idea, de esa masa triunfante y aspira a seguir a ese otro Jesús, al Jesús de la entrega. Siendo ciego es el único que lo «ve» en su interior, por eso grita y grita más fuerte. Es como quien ha descubierto el tesoro del Reino de las parábolas y no lo quiere perder. Bartimeo muestra fe, pero se ve frágil y pide ayuda de Jesús: «*ten compasión de mí*».

Coherentemente con toda esta propuesta teológica, Jesús se para y le atiende. Jesús no va a responder a las expectativas triunfalistas de las masas que le acompaña, sino a la llamada necesitada de los postrados. Y ya en su acción está mostrando el camino para los discípulos que

le acompañan: «*Llámenle*». Jesús no va hacia el ciego, sino que encarga a sus discípulos esa misión. Con ello se prefigura lo que han de hacer los verdaderos discípulos: ser apóstoles, mensajeros o enviados para anunciar la buena noticia a los pobres y postrados.

Bartimeo acoge esa llamada en todas sus implicaciones: él mismo va a sanar (eso le ocurre a todo el que acoge la llamada) y va a estar dispuesto para seguir a Jesús por el camino hacia Jerusalén, hacia la cruz, que es lo que simboliza.

La interacción con Jesús, el «encuentro» vital con Jesús (acogimiento de "ese" Jesús, de esa manera de entenderle y de vivir) moviliza al postrado, le da fuerzas. Bartimeo arroja su manto. El manto, símbolo de la persona: ahí atrás queda el «viejo» Bartimeo, el ciego que no ve y que está paralizado esperando que otros le solucionen la vida (pidiendo limosna). Quiere ver y va a ver. Tira su manto, lo deja atrás, es decir: ¡adiós a mi pasado!, ¡ahí te quedas!

La aceptación del riesgo para el camino de la vida (que Jesús y su acogida implican) le da fuerzas y autonomía. No le llevan de la mano adonde está Jesús, sino que es él mismo el que va, el que acude, el que hace el camino. Se expresa así el camino que debe hacer cada uno de los discípulos. Un camino que nadie puede hacer por otro, porque implica una opción personal y asumir un riesgo personal. Bartimeo tiene que «moverse», como tantos otros personajes activos del evangelio que simbolizan la fe.

Jesús se muestra como es. En lo que dice Jesús se condensa todo lo que la «buena noticia» es, todo lo que el discípulo debe hacer con su vida: «¿*Qué puedo hacer por tí?*». Eso es el cristianismo, una actitud un modo de ser de servicio hacia los otros. Eso es seguir con autenticidad al Jesús auténtico. Se sintetizan en esta frase multitud de pasajes sobre el hacerse últimos, perder, dar vida, tocar, levantar, sanar... Lo que hace Jesús con Bartimeo es lo que hace Dios con los hombres y lo que los hombres (los discípulos) deben hacer con todos.

Bartimeo expresa todo lo que aspira a ser con su petición: «*Rabbuní, ¡que vea!*». No llama a Jesús ni Mesías, ni Rey, ni Señor. Le llama «*Rabbuní*», es decir, maestro, o mejor, «maestro mío». Jesús es quien va enseñando la palabra de Dios (la semilla de su amor esparcida por todos los terrenos), y, por tanto, es quien puede enseñar a «ver». Ver implica aquí conocer, saber, entrar en el ámbito real de la «buena noticia» del amor de Dios desde el servicio y la entrega. Bartimeo parece decir: «quiero eso, quiero ser-vivir así. Tú, que eres mi Maestro, ¡enséñame a ver!». Es el paradigma o modelo del discípulo.

Quien se ha situado así, quien ha escuchado la «buena noticia», quien ha dejado atrás el viejo manto de su vida pasada, quien quiere arriesgarse a andar por sí mismo el camino de la entrega con Jesús, ése ha encontrado la salvación, el sentido para la vida; esa es la persona «lograda», esa es la persona que «ve». Por eso, Bartimeo, lejos de marcharse, sigue a Jesús por el camino. Ese camino va hacia Jerusalén, lugar donde se consumará la entrega.